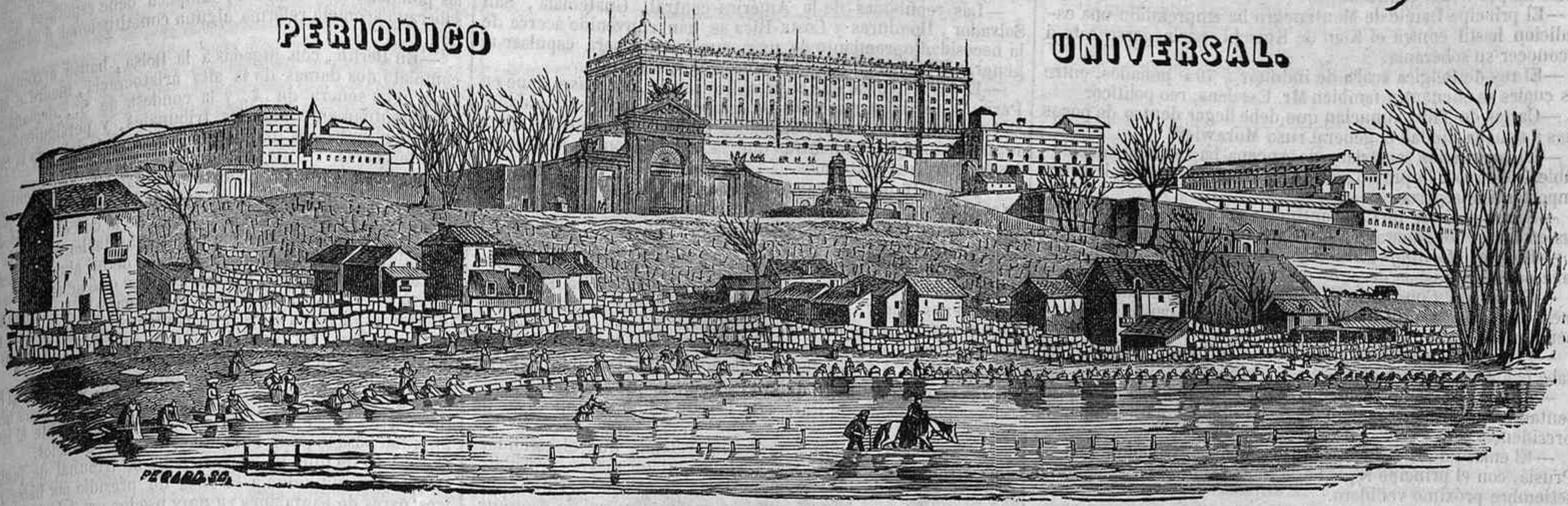


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: Mes 6 rs. Tres 16. Seis 30. Año 50.
 PROVINCIAS: 8 20 40 60.
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 5 pesos.—Pagando en Madrid.
 Numero suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 350 rs.

NUM. 388 — TOMO VIII. — LUNES 4 DE AGOSTO DE 1856.
 MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.
 PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

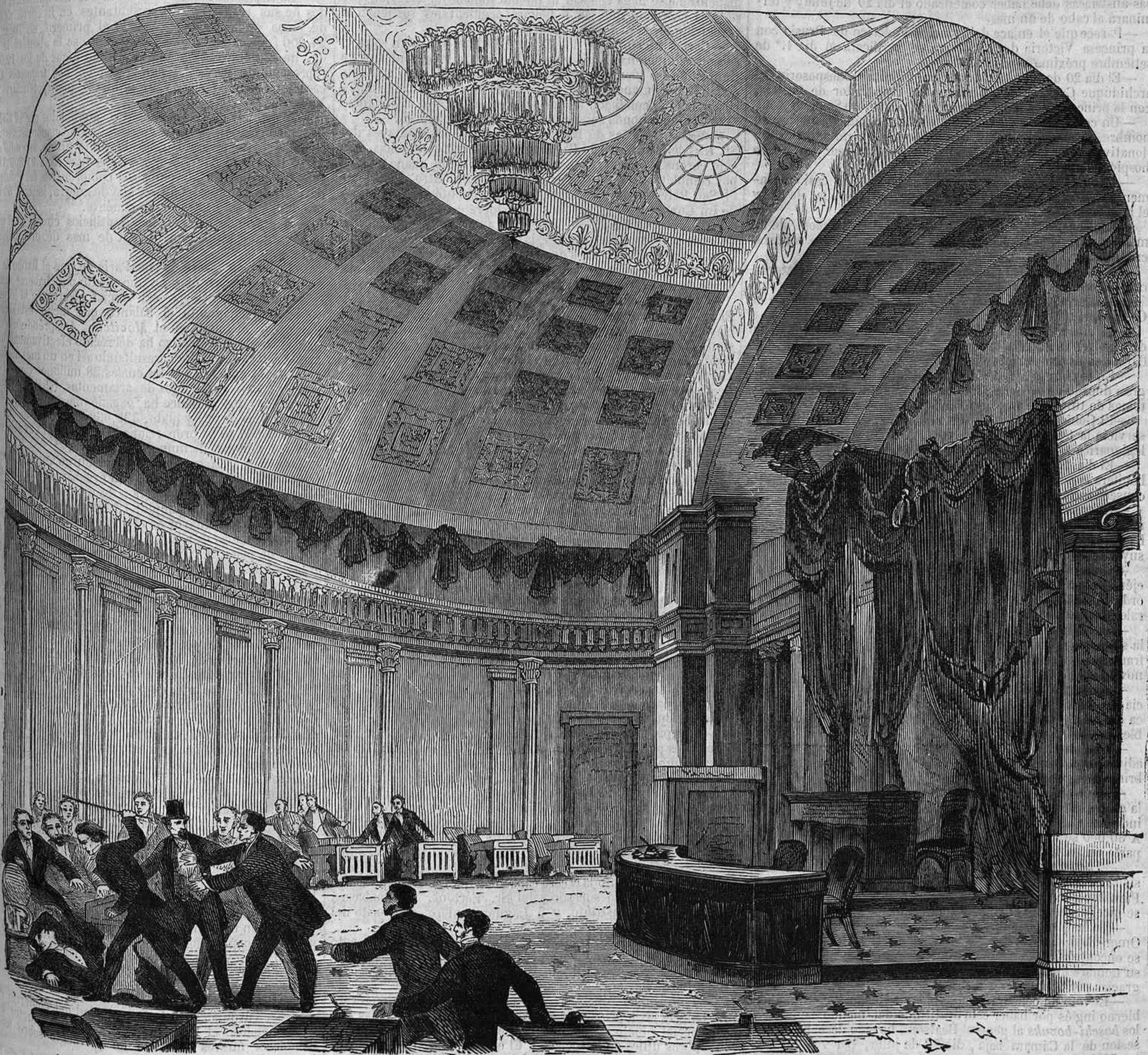
Ilustracion y Novedades en Madrid.	Edicion grande. Mes 12.	Tres 54.	Seis 66.	Año 130.
	Edicion pequena.	8.	22.	80.
Idem en provincias.	Edicion grande.	20.	50.	95.
	Edicion pequena.	12.	30.	56.

REVISTA UNIVERSAL.

Sucesos de actualidad. En la semana que acaba de trascurrir ha seguido aún fija la atencion pública en los sucesos de

provincias. Despronunciadas en su mayor parte, ofrecia sin embargo algun cuidado Zaragoza, para donde salieron fuerzas de esta corte y de otras partes, y un gran tren de artilleria para batir á dicha ciudad en caso de dar lugar la resistencia que hiciera. Pero sin llegar á este estremo, convencida la capital

de Aragon del aislamiento á que quedaba reducida, cedió y se sometió al Gobierno de S. M., evitando desgracias. El capitán general Dulce se hace cargo de aquella capitania general, y el tren mencionado recibe orden de regresar á Madrid. Queda completada la tranquilidad de las provincias.

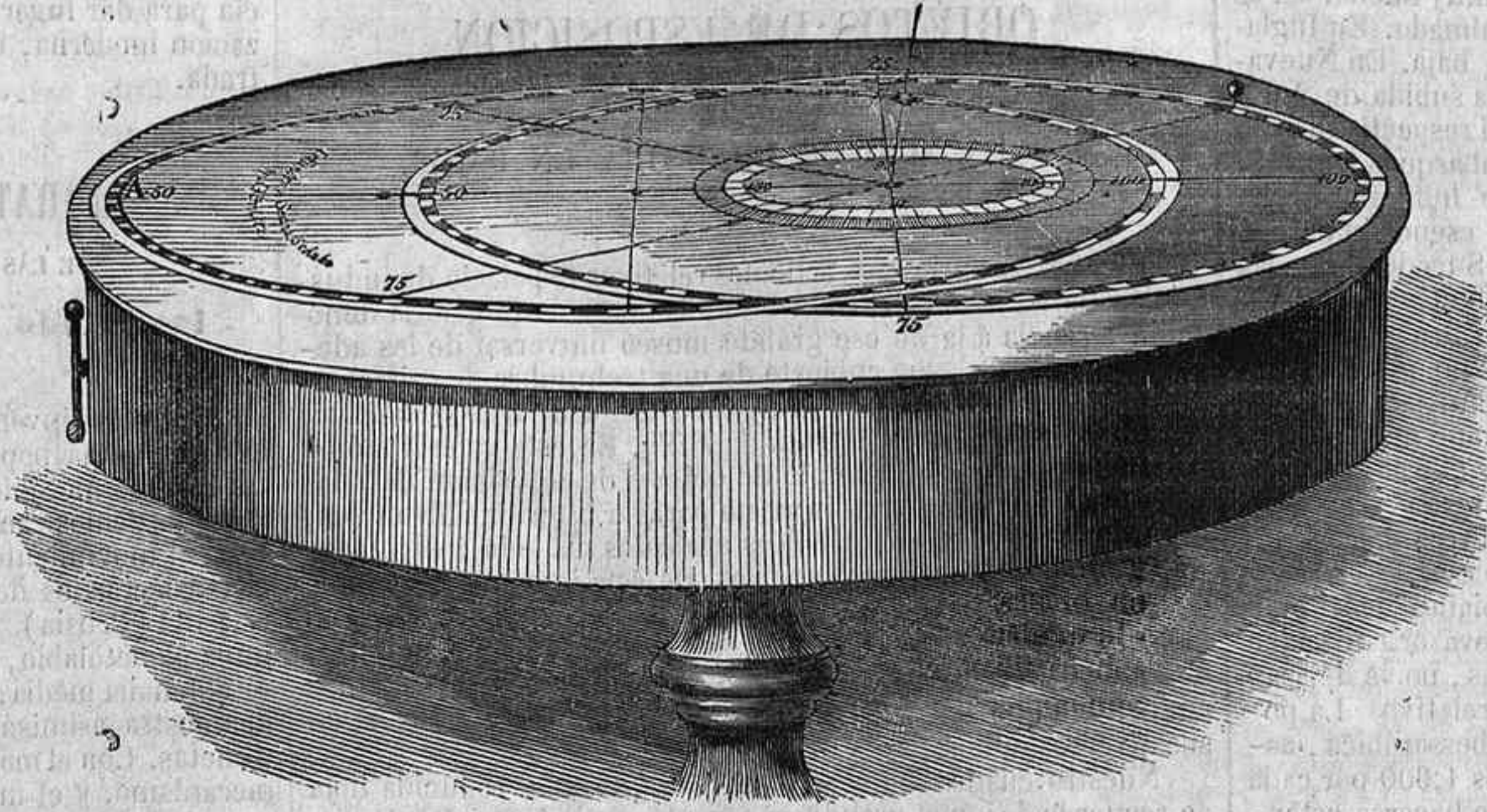


Agresion de Mr. Preston Brook, de la Carolina meridional, contra el senador Mr. Sumner, de Massachusetts, en el salon de sesiones del Senado de los Estados-Unidos del Norte América.

—Olvidaba que mi tia tiene aficion á todo lo que lleva el nombre de bandido.
 —Hay bandidos de bandidos, querida; que ahorquen á esos viles instrumentos que roban y matan, enhorabuena; pero no se puede menos de admirar al jefe poderoso que los domina y los dirige.
 —Usar de tal influencia para lo bueno seria honroso, tia; ¡pero para lo malo, es indigno! con perdon de vuestro héroe.
 —La opinion de Vd. le importa poco, se lo aseguro á Vd.
 —¡Ay Dios mio! ¡parece como si estuviera Vd. en buenas relaciones con el tal bandido!
 —No se chancee Vd.; jamás lo he visto; no sé cómo se llama, ni Vd. ni nadie, porque hasta ahora admira el misterio que lo rodea; y sin embargo yo lo advino y lo comprendo como si leyera en el fondo de su pecho.
 —Querida tia, lo mismo ha dicho Vd. de todos los bandidos pasados y presentes; en el teatro es donde ha conocido Vd. ese tipo.
 —¡Así razonan estas niñas! contestó la señorita Catalina, sonriéndose y volviendo á la calceta; felizmente hay medios de hacerlas callar.
 —¿De qué manera, tia?
 —Querida sobrina, ¿en qué están sus amores de Vd. con el conde de Fritzen?
 —¡Ah! dijo la graciosa rubia con una sonrisa tragicómica, tenía Vd. razon, ya me callo.
 —¿Como siempre, cruel!
 —Perdone Vd., tia, prometo respetar los bandidos.
 —¿Formalmente, Alejandrina? ¿qué puede Vd. echar en cara al conde?
 —Mil cosas en una; que no le amo.
 —Sin embargo, es el esposo que yo, la hermana de su pobre madre de Vd., he escogido entre todos para Vd.
 —Vd. que es tan poética en todo, no lo ha sido en esta eleccion.
 —Veremos lo que dice el general.

—¡Todo eso! dijo sin poderse contener Alejandrina, con cierta sonrisa poco lisonjera para el conde; indudablemente debe Vd. tener necesidad de descansar.
 —¿Qué fatiga no se olvidaría al lado de Vd., hermosa mia?

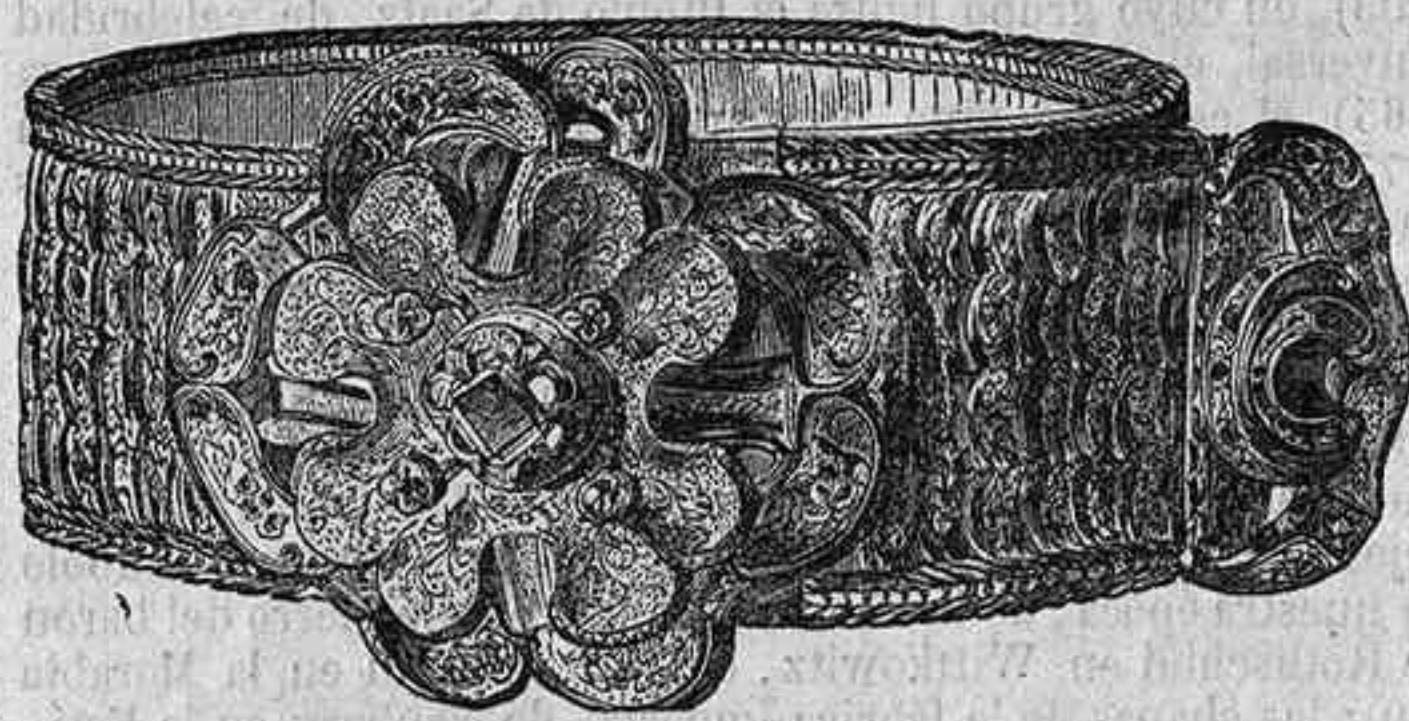
—Esta es una declaracion, dijo el conde en un aparte á la solterona; ¡una verdadera declaracion! Ya sabia yo que esto debía concluir así; ¡qué diablos! ó se conoce á las mujeres ó no... ¿Y es lícito preguntar á Vd., amable Alejandrina, cómo se figura Vd. ese feliz marido?
 —Jóven, respondió, chispeándole en los ojos la ironía de su palabra.
 —De la segunda juventud, dijo el conde, que tenía razon para hablar así.
 —No, de la primera, entre veinticinco y treinta años.
 —Entre treinta y cuarenta es mejor; ¿no es verdad, señorita Catalina?
 —Cierto, dijo la complaciente solterona.
 —Querria además que fuese moreno, continuó la bordadora.
 —De un moreno un poco claro, ¿no es verdad, hermosa? Castaño claro, rubio oscuro, un bonito matiz, en una palabra.
 —Quiero que tenga ojos grandes.
 —No muy grandes, no muy grandes.
 —Sí, grandes; me gustan grandes.
 —¡Los ojos pequeños son tan espresivos! ¿No es verdad, señorita Catalina?
 —Con el talle esbelto, alto, gracioso.
 —Gracioso, eso es, dijo el conde, girando sobre los talones, como los peñones de otros tiempos; pero esbelto y alto, no.
 —Perdone Vd.; lo quiero así.
 —Un talle mediano, proporcionado, un poco lleno, está bien y agrada á la vista.
 —En perspectiva, dijo Alejandrina.
 —Finalmente, murmuró el conde al oido de la señorita Catalina, si ella me ve así.
 —¿Se trata de Vd., señor conde?
 —¿Pues de quién?
 —Por último, su espíritu dulce, su corazon generoso, su carácter igual, su alma angélica.
 —¡Por favor, por favor! exclamó el conde, eso ya es demasiado; yo no merezco...
 —¿Cómo? preguntó Alejandrina con el aire mas sencillo.



Aparato para la demostracion de las leyes relativas al movimiento de los planetas.



Alfiler de pecho en forma de lazo, de oro mate y con flores.



Pulsera en oro mate con esmeralda y diamantes.



Alfiler de pecho de lava con una estrella de diamantes.

—Mi padre es muy bueno y muy justo para casarme á pesar mio.
 —Ya sé, ya sé, dijo la señorita Catalina, que se daría la preferencia sobre el conde á cierto capitancito que no tiene mas que la capa y la espada.
 —Eso es todo lo que se necesita para adquirir gloria.
 —La gloria no paga los cachemires.
 —Con la gloria y el amor, se puede una pasar sin ellos.
 —Durante quince dias, para llorarlos treinta años.
 —Si el pobre Hermann fuera primo ó hijo de bandido, no tardaría mucho el conde en ser deshauciado.
 —Querida Alejandrina, se puede tener aficion á los bandidos sin casarse con ellos.
 —Eso es lo que hace... murmuró Alejandrina, inclinando su blonda cabeza sobre el bastidor de su bordado.
 —Que me haya quedado soltera, añadió la señorita Catalina, que adivinó lo que no pudo oír.
 Apenas habían salido de su boca estas palabras, dichas, en honor de la verdad, sin acritud (porque la señorita Catalina, aunque solterona y á pesar de su veneracion hacía los bandidos, era una excelente mujer), cuando se abrió la puerta del salon, y un criado anunció al señor conde de Fritzen.
 Grueso, pequeño, castaño claro, colorado, enamorado de sí mismo, y persuadido de que todos lo veían con singular complacencia: tal era el conde.
 —Hermosas señoras, presento á Vds. mis respetos, dijo doblando su ancha espalda, y besando la mano de la señorita Catalina. Cada vez mas hermosa, continuó dirigiéndose á Alejandrina, y siempre de hielo, dijo en voz baja á la tia.
 —Eso no importa, repuso esta, su amor de Vd. quebrantará ese hielo.
 —Así lo espero: sin embargo, señora, declaro á Vd. que no estoy acostumbrado á tan largos combates; mi divisa es la del César: llegar, ver, vencer: *veni, vidi, vici*.
 —¡Uf! dijo el hombrecillo sentándose, estoy molido.
 —¿Qué ha hecho Vd.? preguntó la complaciente Catalina.
 —¡Dos horas de parada á caballo, nada mas que eso! porque el conde llevaba uniforme para interrumpir la monotonía del rac negro, pues en cuanto á pólvora no la usaba sino entre los gorriones.

—Hacer olvidar dos horas de parada á caballo! seria un mérito que yo podría atribuirme.
 —¿Sabe Vd., señor conde, dijo la señorita Catalina para cortar la malignidad de su sobrina, que el uniforme de gala le sienta á Vd. admirablemente?
 —No es verdad, hija mia?
 —El señor conde está siempre lo mismo para mí, dijo la jóven.
 —Me confunde Vd., exclamó el conde; nunca la he visto tan encantadora, dijo en voz baja á la solterona, que meneó la cabeza sin replicar. ¿Veremos á Vd., señorita, en el baile de máscaras de esta noche?

—¿Cuándo me ha visto Vd. en él, señor conde?
 —Perdone Vd., habia olvidado que le repugna tal diversion.
 —No la conozco siquiera. Me parece, dijo Alejandrina gravemente, que una mujer no está allí bien, si no va colgada del brazo de su marido ó su padre.
 —Pero ¿no esperan Vds. al general?
 —De un dia á otro.
 —¡Buena! podia llegar dentro de una hora, y podia llevar á Vd. al baile, apenas se quitara las botas.
 —Si dos horas de parada lo estropean á Vd., señor conde, tres meses de marchas y combates pueden muy bien causar alguna fatiga. Me avergonzaría de hablar á mi padre de baile, cuando debiera serle el descanso tan precioso.

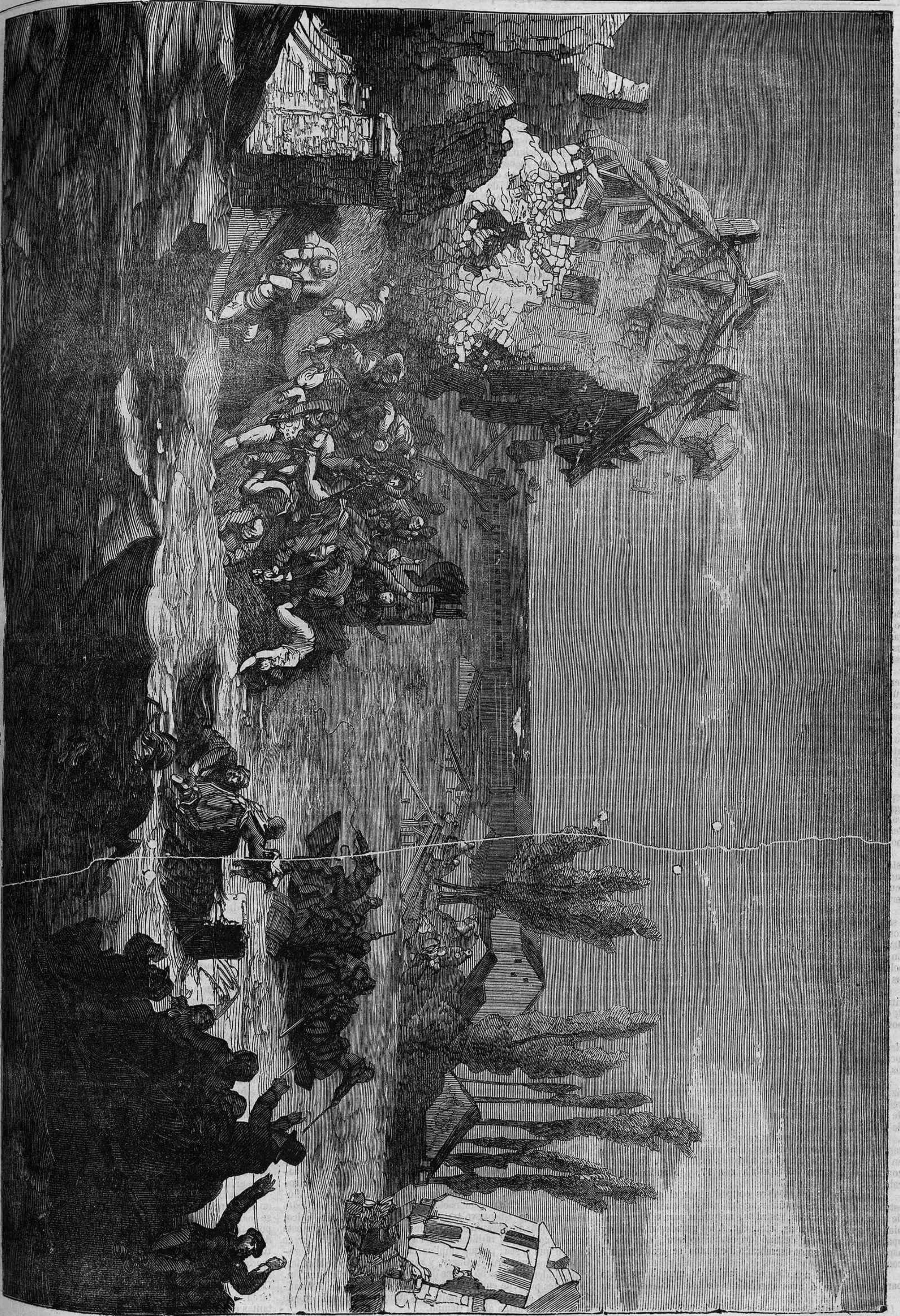
—La comprendo á Vd., encantadora criatura, y soy el mas feliz de los hombres. Ya no se trata de parada ni fatiga; la felicidad me trasporta; voy corriendo á todas las ramilletteras de Viena y de las cercanías, hago un destrozo, y traigo cuantas rosas tengan, para arrojarlas á los piés de quien es la reina de todas ellas.
 Apenas habia desaparecido el conde, cuando Alejandrina se dejó caer sobre un divan, desternillándose de risa á espensas de su pretendiente.
 —¡Dios mio! exclamó dejando de reirse, ¡vaya una cosa divertida!
 —¿No es verdad? replicó la tia. ¡Qué fortuna tener un marido tan divertido! No hay muchos que sean así.
 —¡Buena! querida tia, tómelo Vd. para sí.
 —¡Loca!
 —Una carta para la señorita, dijo un criado presentando una bandeja á Catalina.
 —¡Ah! dijo Catalina.
 —¿Qué es, tia?
 —Nada, nada, no se incomode Vd.; al instante vuelvo.
 Y la buena solterona dejó á su amable sobrina entregada á sus conjeturas y á su bordado.
 —Nada, pobre tia, pensó la jóven, ¡qué poco sabe disimular! Por el contrario, algo hay; alguna nueva locura del conde. ¿Quién me librará de él, Dios mio?
 Y pronunciando en voz alta estas palabras tan poco lisonjeras para el Sr. de Fritzen, Alejandrina se dirigió hácia una de las hermosas ventanas que daban al paseo, levantó una cortina, y se puso á mirar, sin verlos, los elegantes carruajes que circulaban y corrían á porfía.
 Querido Hermann, se dijo á sí misma, ¡cuán distantes me parecen los dias en que te veía cruzar desde aquí, noble y hermoso, sobre tu noble y hermoso caballo! ¿Qué hará en este instante? ¡Ah! lejos de hacerme temblar la idea del combate, me enorgullece; aquel á quien amo no puede morir; lo aguardo victorioso. Y cuando vuelva, ¡qué alegría oírle referir sus riesgos y peligros! Tales narraciones estremecen; pero la mitad es de orgullo, y la otra mitad de miedo. Preciso será que mi padre ceda.
 (Se continuará.)



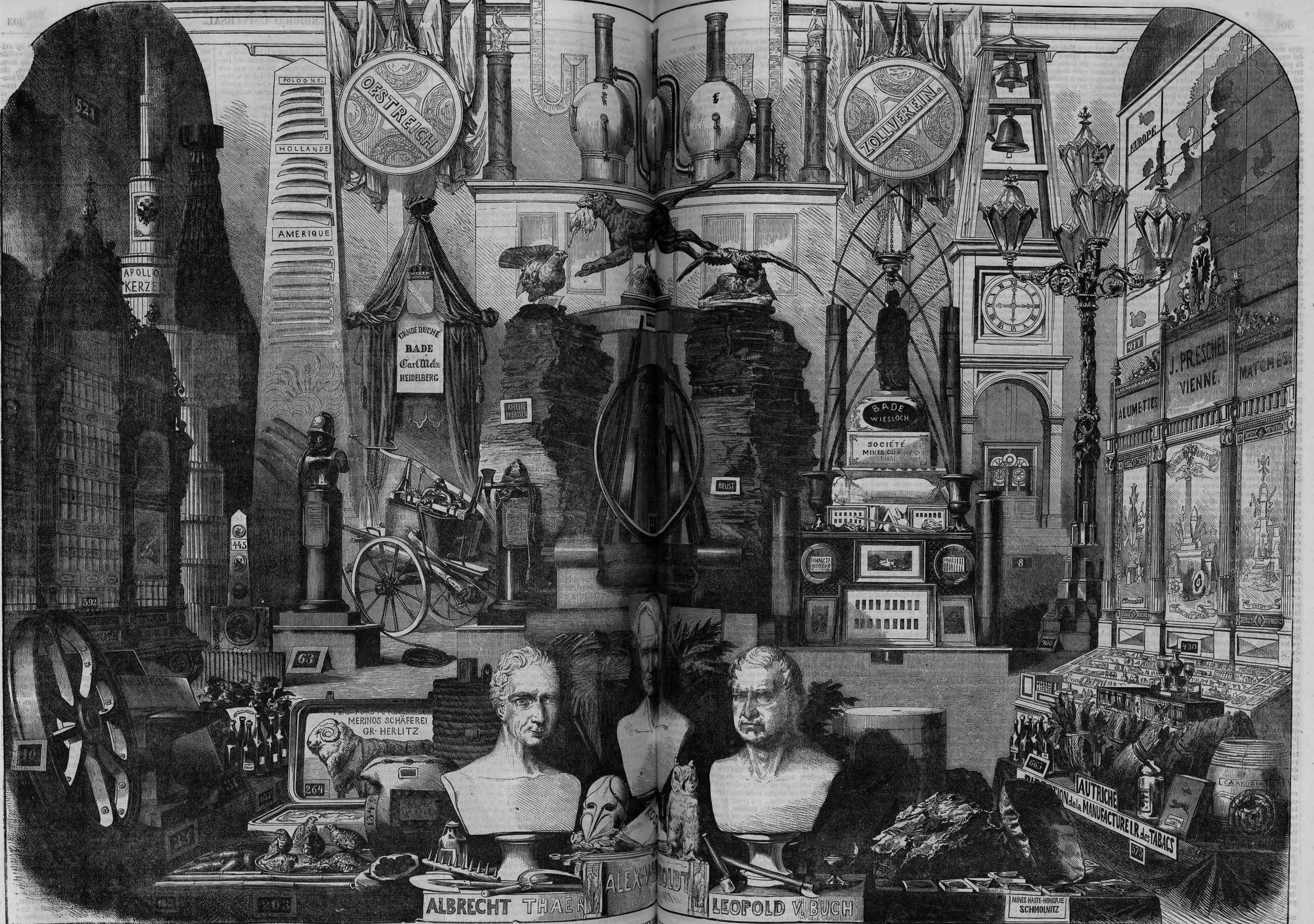
Exposicion de Agricultura de 1856 en Paris.—Aves domesticas premiadas.

—Tome Vd. pronto un marido, que pueda tener el agradable derecho de reemplazar á su padre de Vd.
 —En eso estoy pensando, contestó la jóven con aire jovial y malicioso.
 —¿Qué pensamiento tan encantador!
 —Eso me preocupa mucho mas de lo que pudiera Vd. imaginar.

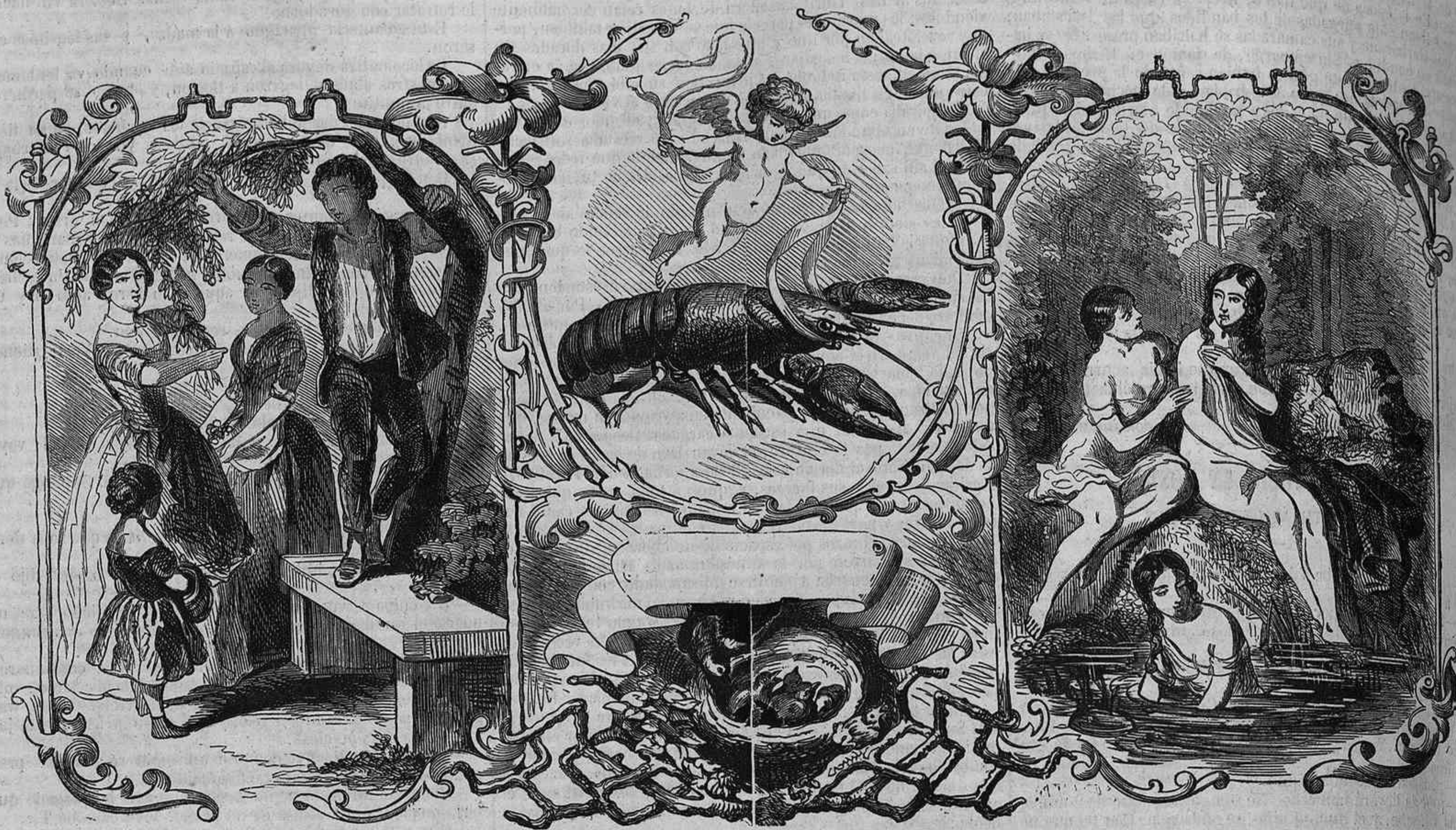
LA INUNDACION DE LION EL DIA 4.º DE JULIO.



LA INUNDACION DE LION EL DIA 1.º DE JULIO.



LA INDUSTRIA ALEMANA EN LA ESPOSICION UNIV. DE PARIS: IV OBJETOS DE LA GALERIA ANEXA.



MELODÍAS ÁRABES.

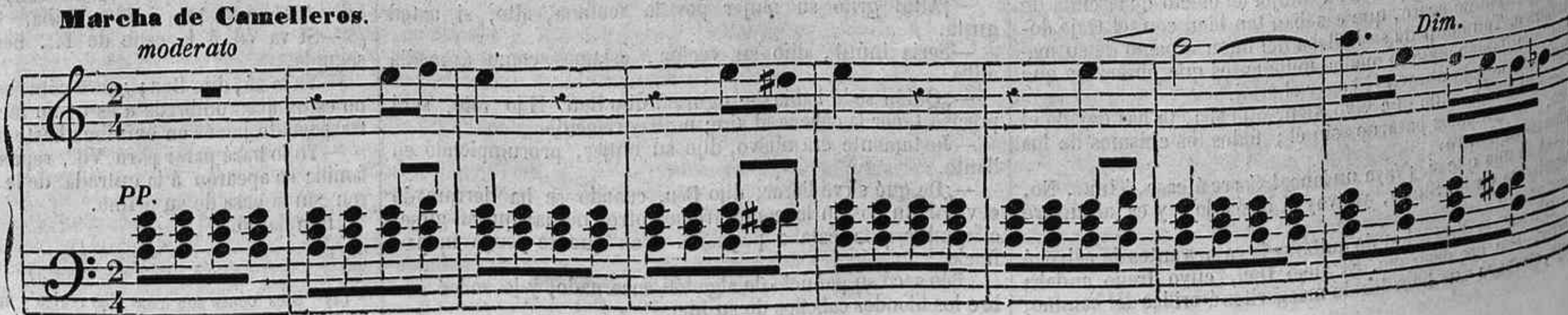
Himno á la noche.
Lent.

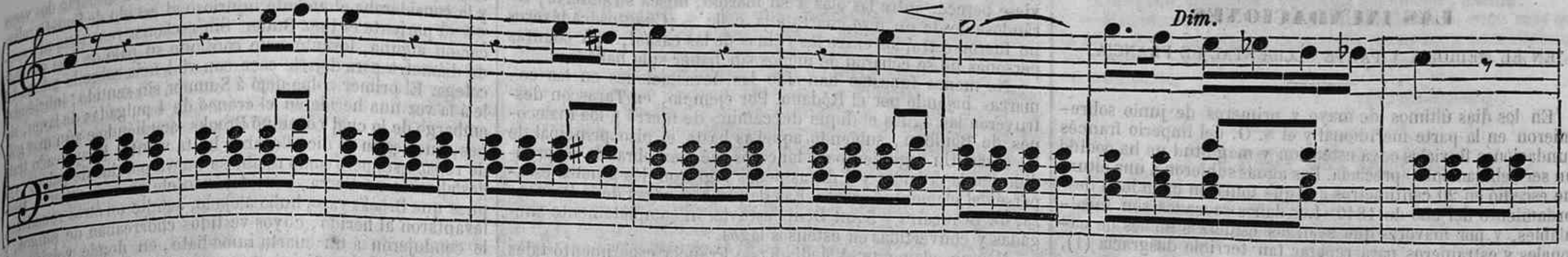
PIANO.....



Marcha de Camelleros.
moderato

PIANO.....





Melodia.
Andante

PIANO.....



Ritard.



aquellos á quienes se ha servido á espensas de la equidad. Franciscolo lo espermentó; y tanto mas exasperado contra el príncipe, cuanto mas dispuesto estaba en favor suyo, descubriendo una nueva afrenta en lo que habia considerado como una reparación á las pasadas, resolvió abandonar el puesto que ocupaba. Tomó pues el camino de Milan, lleno de negras ideas y con la esperanza, no solo de evitar el peligro, sino tambien con la de vengar la injuria recibida.

V.

LA CONJURACION.

«Buen Jesus, que fuistes niño, que desde la infancia comenstais á padecer; vos que creciais con la edad en sabiduría, sumiso á vuestros padres y adquiriendo gracia ante Dios y los hombres, ¡oh! dignos defender mi niñez; haced que la conserte pura, y que mis obras, conformes á vuestra voluntad, me prometan un bello porvenir á los ojos de mis padres y de mis conciudadanos.»

«Buen Jesus, que habeis amado tanto á vuestro padre, yo os recomiendo los míos; bendecirlos, dadles paciencia para soportar los dolores, fuerza para sostenerse, y el consuelo de verme un día crecer como ellos desean en el santo temor de Dios.»

«Buen Jesus, que habeis amado vuestra ingrata patria, y que llorásteis previendo los males que iban á caer sobre ella, mirad mi país con ojos de benevolencia; libradle de sus males; convertid á los que la contristan con sus fraudes ó violencias; inspiradles confianza en las buenas acciones, y haced de modo que yo pueda ser un día un ciudadano honrado, probo y desinteresado.»

Margarita hacia repetir esta oración á Venturino, que se ponía de rodillas en su presencia con las manos cruzadas en signo de humillación. Una madre que enseña á orar á su hijo es á la vez la imagen mas sublime y mas tierna que pueda imaginarse. La madre, superior entonces á las cosas mundanas, parece á esos ángeles que, hermanos y defensores de nuestras almas, nos sugieren nuestras virtudes y corrigen nuestros vicios. En el alma del niño se graba, juntamente con el retrato de su madre, la oración que ella le ha enseñado, la invocación al padre que está en los cielos. Viviendo en medio de los hombres, encuentra el engaño cubierto con el manto de la fidelidad, ve á la virtud engañada, escarnecida la generosidad, el odio encendido, y entibiada la amistad; temblando va á maldecir á sus semejantes... Pero se acuerda del padre que está en los cielos. Pero por el contrario, si ha cedido á las sugestiones mundanas, si el egoísmo y las bajas pasiones han germinado en su corazón, en el fondo de su pecho resuena una voz, una voz austera y tierna, como la de su madre cuando le enseñaba á rogar al padre que está en el cielo. Así atraviesa la vida; y luego, en el lecho de muerte, abandonado por los hombres, rodeado únicamente de sus obras, vuelve con el pensamiento á los días de su niñez, recuerda á su madre, y muere lleno de una tranquila confianza en el padre que está en el cielo.

Y Margarita hacia repetir esta oración á su piadoso niño; y desnudándolo ella misma, amable trabajo que no fatiga nunca á una madre, ella lo acostaba, lo besaba, y con la efusión de la ternura maternal exclamaba: «¡Tú serás virtuoso!»

Pronto entregaba Venturino sus párpados al sueño bendecido de la infancia, que se duerme sin un solo pensamiento en los brazos de los ángeles, que se despierta sin un pensamiento... ¡Felices días, los mas hermosos de la vida, y sin embargo pasan sin saborearlos!

Margarita contemplaba la rápida respiración del niño. El brillante carmin de sus mejillas la estimulaba á cubrir á Venturino de ardientes besos, y el rostro de la madre resplandecía con inesfable beatitud mientras estaba absorta en la muda contemplación de aquellos ojos cerrados, que debían sonreírle amorosamente al despertar.

Por fin Margarita se apartó de la cuna, y se dirigió al salón en donde se hallaban reunidos los mas íntimos amigos de la familia para saludar á Pusterla á su regreso. La alegría de volverlo á ver habia borrado en el alma de Margarita los disgustos que le habia causado su ausencia. Su corazón, tan bien formado para sentir los gozos domésticos, le decia que despues de una separación tan llena de peligros nada podría ser mas grato á su marido que permanecer apaciblemente con su mujer y su hijo, formando con las tres vidas una sola vida. Pero otros pensamientos bullían en la imaginación de Pusterla, que meditaba día y noche los medios de preparar su venganza.

Durante su residencia en Verona, no habia ocultado á Mastino ni el nuevo ultraje que acababa de recibir, ni su rencor antiguo. El Scaligero, queriendo aprovecharse de este resentimiento, lo inflamó cuanto pudo, y ofreció á Pusterla su protección y ayuda, cualquiera que fuera la resolución que tomara. Mateo Visconti, á quien sus trasportes dieron fama posteriormente, no debia sorprenderse de los desórdenes de su hijo, pero le agradaba enturbiar el agua para pescar, y atizó el descontento de Pusterla. Dióle cartas para sus hermanos Galeas y Barnabe, en las que los escitaba á recordar su origen, y á aprovecharse de la ocasión de romper el yugo, como él decía, de un sacerdote y un verdugo.

Habiendo Pusterla venido secretamente á Milan, ninguna bandera en las torres anunciaba su presencia, y la correspondiente guardia no vigilaba á la puerta del palacio; pero en lo interior Pusterla devoraba las tempestades de su alma, sin que lograra su esposo dulcificarlas. Habitado á la vida tumultuosa de las sociedades, á las discusiones, ansioso siempre de constantes y variadas emociones, no hubiera podido pasar siquiera la primera noche en el seno de su familia: Alpinolo llevó por orden suya la noticia de su vuelta á sus mas íntimos amigos, y estos vinieron uno tras de otro, despues de anocheado, y penetraron por una puerta secreta que daba á la via de los señores Piatti para verlo y consolarlo.

El exterior del palacio estaba sombrío y mudo como un desierto; pero apenas Franzino Malcolzato, el fiel portero, habia hecho pasar á los amigos de su señor de un patio á otro, eran recibidos por la servidumbre vestida con la librea mitad amarilla y mitad negra, la cual alumbrando con hachas de cera, los introducía á piso llano en una espaciosa sala incomunicada con el palacio, circunvalada por los jardines. Tapices históricos cubrían sus paredes; aparadores con vasos y platos de alfarería con frutas de relieve pintadas; dos anchas ventanas con cortinajes de vivos colores daban paso libre á la brisa de

la noche, que templaba agradablemente el calor del mes de junio. Ellos entraban, y los unos rodeando á Francesco, otros sentados en sillones de terciopelo y alrededor de una mesa, donde habian echado en desórden guantes, mantos, espadas y tocas, discurrían, contaban, oían y preguntaban. Veíase entre ellos al bullicioso Zurione, hermano de Pusterla; al moderado Cuaffino de Besozzo, Calcino Forniello de Novara, Borols de Castelletto, y otros exaltados gibelinos que, disgustados hoy del príncipe que habian encumbrado antes, manifestaban de aquella manera que no habia realizado sus esperanzas.

Los hermanos Pinala y Mastino Aliprando llegaron los últimos. Estos habian nacido en Monza; el primero era hábil capitán, el segundo famoso jurisconsulto. Habian ganado el favor de Azone abriéndole en 1329 las puertas de Monza, que Martin, nombrado podestá, habia hecho circundar de murallas. Pinala la defendió contra el emperador Luis de Baviera, y luego á la cabeza del ejército de Visconti se apoderó de Bérgamo, que obedecía al rey de Bohemia. Estas proezas le valieron el ser armado caballero en la Pascua de 1338 en la iglesia de San Ambrosio al mismo tiempo que nuestro Pusterla. Pero Pinala cayó del apogeo de su gloria cuando en la época de la invasión de Lodrisio lo abandonaron cobardemente las tropas que se le habian confiado para defender el paso del Adda en Rivolta. Una nueva guerra que podia vengarle del desden de Luchino, ó por lo menos borrar la vergüenza de la derrota de su ejército con nuevas empresas y brillantes victorias, era el mas ardiente de todos sus deseos.

En tal asamblea y en tales circunstancias no eran de esperar pacíficos discursos: al resentimiento de los males públicos cada cual agregaba el resentimiento de un agravio particular. Por esta causa prorumpieron en exclamaciones ardientes, forjaron proyectos violentos contra los tiranos de su patria, y dieron tanta mayor rienda á sus enconados propósitos, cuanto mas seguros estaban de las intenciones de todos los presentes.

—¡Ah! sí! exclamaba Franciscolo en el momento en que Margarita entraba en el salón despues de haber acostado á su hijo, ¡esos viejos cantan los males que nos afligian en el tiempo de nuestra libertad! No se trataba mas que de batallas: todos, hasta los niños, debían ejercitarse en el manejo de las armas. A lo mejor tocaban la Martinella, se sacaba el carroccio, y de grado ó por fuerza, era necesario que todo el mundo se vistiera de hierro, abandonara el hogar doméstico y las ganancias de su oficio para acudir á ensangrentarse en la pelea: otras veces, revueltas de ciudadanos, declaraciones, destierros, asesinatos... ¡Por qué no tendremos un jefe que nos sujete con mano de hierro! Así hablaban los tímidos á quienes la naturaleza no ha concedido una sangre generosa, ó aquellos á quienes la edad habia entibiado su ardor.

Zurione interrumpiéndolo:

—¡Y eso es amar la patria! Ellos recogen hoy lo que sembraron ayer. La libertad ha perecido, y la guerra subsiste. La proscripción y el destierro son tan frecuentes como entonces y tan funestos á la patria; estas violencias solo sirven para consolidar el despotismo de nuestros señores y para soldar nuestras cadenas. Antes nosotros queríamos y disponíamos la guerra. Despues de la primera efervescencia, todo se calmaba, y se obraba por el provecho comun. Hoy el señor dispone la guerra para satisfacer sus propios intereses, y nosotros debemos seguirlo. Nuestro trabajo es su gloria.

—Teneis razon, exclamó Alpinolo, ¡su gloria! ¿Quién ha recogido el laurel de la victoria de Parabiago? ¿Quién ha triunfado? ¿Quién se ha aprovechado de ella? Luchino es un valiente caballero, se ha dicho; elevémosle pues á la señoría.—¡Y no obstante, si no hubiéramos estado allí!...

—¡Oh! ¡por qué, replicaba Zurione, lo has desatado tú del árbol en Parabiago?

—Mejor hubiera sido dejarlo allí, dijo Aliprando: en tal caso no se verían hoy pisoteados los privilegios de los nobles, los gibelinos confundidos con los viles güellos, los magnates agobiados de tributos como la mas ínfima plebe; no se verían olvidados los que en otro tiempo...

—¡Y nos aguantamos! decía Alpinolo echando chispas por los ojos y dando un puñetazo sobre la mesa. ¿No podemos vengarnos? ¿No tenemos espadas? ¿No han quedado nervios en los brazos lombardos? Si queremos resueltamente ser libres, lo lograremos.

Y levantaba los ojos hácia Margarita, como quien busca su aprobación en las facciones de su señora.

Margarita estaba acostumbrada desde su infancia á oír discutir en su casa los negocios públicos, y ya habia formado sus convicciones y su manera de apreciarlos. En los tiempos en que la vida pública tenia tanta energía, no era ridículo que una mujer se ocupara de política, y no dejaba la triste impresión que en otras épocas puede producir el atrevimiento con que una mujer resuelve las dificultades políticas que tienen en suspenso á los hombres mas capaces, sin escuchar mas consejo que el de la sensación del momento, ó la opinion de su inmediato interlocutor. La educación que le habia dado su padre le habia enseñado á distinguir la razon de las exageraciones de los exaltados, y las injurias verdaderas de las preocupaciones de la pasión; pero no confiando en calmar la impetuosidad de la asamblea, ni hacerla aprobar su razonamiento, se mantenía silenciosa, y comenzaba solo á hablar con el doctor Aliprando.

Este, como buen erudito, se envanecía de haber sido el primero que habia poseído en Milan el libro de los Remedios de la una y de la otra Fortuna, publicado por aquel tiempo por Petrarca, y se lo habia llevado aquella noche á Margarita, á quien sabia que le gustaban las bellas novedades. Ojeaba esta el libro pidiéndole parecer, al paso que examinaba el volumen por uno y otro lado. Muy pronto reclamó silencio con un signo de su hermosa mano, y con voz suave que atrajo la atención de la asamblea como cuando se oye en medio de una taberna una flauta melodiosa, habló de esta manera:

—Escuchad los discretos pensamientos del libro que el doctor me ha traído: «Los ciudadanos creyeron que lo que era la ruina de todos, no era la ruina de cada uno de ellos. Por eso conviene buscar con piedad y prudencia la paz de los espíritus; y si esto no se logra con los hombres, rogar á Dios que ilumine la razon de los ciudadanos.»

Alpinolo comprendió esta respuesta indirecta. «Si la energía de una voluntad unánime, dijo él, falta á los ciudadanos, ¿qué es lo que no puede hacer un solo hombre? ¿Qué no puede el puñal de un solo hombre resuelto?»

Aliprando, tomando el libro en sus manos, añadía:

—Madonna es como la abeja: de las flores no coge mas que la miel. Pero la misma abeja tiene su aguijón para rechazar los ataques, y ruégoo que escuchéis lo que el divino poeta dice en otra parte.

(Se continuará.)

LA HADA DEL BOSQUE.

A LA SEÑORA

Doña Carolina Coronado de Perry.

I.

La poesía es ángel de consuelo
A quien Dios ha cerrado su morada,
Porque hácia el mundo un día tendió el vuelo,
Y tornó con su túnica manchada.

Y cubierto con velo funerario
Entre la multitud desconocido,
Vaga errante y lloroso y solitario
Suspirando la patria que ha perdido.

Alguna vez, cuando la noche cierra,
Asentándose al borde de un camino,
Como un proscrito un himno de su tierra,
Lánguido entona un cántico divino.

Agrúpanse enredor los que padecen,
Y al egoísta tal vez, que le oye en calma,
El llanto en que sus ojos se humedecen
Revela que en su pecho existe un alma.

Pero frecuentemente entre el ruido
Y música y escándalo del mundo,
El eco de su voz queda perdido,
Como en la orgía el ¡ay! de un moribundo.

Dichoso el que á este ángel adivina
Y no le cierra con desden su puerta;
Porque él le enseñará la voz divina
Con que la del edem le será abierta.

Dichoso quien le sirve y quien le sigue;
Porque, purificándose en su duelo,
Aunque en la áspera ruta se fatigue,
El ángel santo se dirige al cielo.

Yo busqué largos años vanamente
De este ángel del Señor la santa huella:
Caf sin fuerzas en la arena ardiente
Sin haber dado en mi dolor con ella.

Pregunté, y me mostraban falsos templos
Que el arte eleva y que la edad derrumba,
De humana vanidad tristes ejemplos:
Otros me señalaban una tumba.

¿Habrá ya terminado su jornada?
¿Habrá tornado al cielo? Me decía,
Y á mi voz amorosa y apenada
Ni un eco de los montes respondía.

Mas de pronto á lo lejos lento y vago
Himno de amor dulcísimo y suave,
Triste gemido y cariñoso halago
Que ni se aprende ni olvidarse sabe.

Se dejó oír, y mi profunda pena
Troqué en vivo placer, cual peregrino
Que abrasado de sed entre la arena
Ve á lo lejos arroyo cristalino.

Creí reconocer el dulce canto
Que avaro oía con fervor profundo,
Cual si guardase de él recuerdo santo
Por haberle escuchado en otro mundo.

Era la hada de los bosques; era
La vírgen de la lira armoniosa
Que á la luz de la luna en la pradera
En la paz de la noche misteriosa,

Bajo copudos árboles sentada
En el césped al lado de la fuente,
Que á su compás vertía sosegada
Con confuso susurro su corriente,

Cantaba de los campos los amores
Con blanda voz de lánguido desmayo,
Y su himno entre el aroma de las flores
Era un aroma mas del mes de mayo.

Cuando en la cuna en su niñez dormía,
Pasmado al ver belleza tan completa,
El ángel de la sacra poesía
Besó su frente pura. ¡Era un poeta!

II.

Hoy la lira de la fada
Abandonada en la yerba,
No presta vida á los bosques
Con el eco de sus cuerdas;
Y la soledad parece
Falta de vida, pues era
Aquella vibrante lira
El alma de su existencia.
La fada ha dejado al bosque,
Y hoy madre amorosa y tierna,

En el santuario doméstico
El sueño de su hija vela.
Si ya no ciñe guirnalda
De rosas blancas y frescas,
La rodea una aureola
Que los ángeles respetan.
En el cenagoso abismo
De mi vida se refleja
Unica, inmóvil y pura,
La luz de dorada estrella.
Es el amor de mi madre,
Que me guía y que me alienta,
La religion de mi alma,
La fé de mi vida entera.
Amor que antes que nazcamos
Para nosotros comienza,
Y que mas allá del mundo,
Si es eterna, el alma llega.
Amor que nuestros deseos
Satisface antes que sean,
Y que para nuestras faltas
En los ojos tiene venda.
Unico amor que no engaña,
Y el único que no espera
En su abnegacion sublime
Ni otro amor por recompensa.
Cuando la lira cristiana
Un símbolo de belleza
Buscaba, el amor de madre
Tomó por único emblema.

Una que mira al invierno,
Y otra que mira al verano.
Y si alguno pone en duda
La verdad de lo que avanzo,
Yo sostendré mi argumento
Con hechos y con adagios.
Que mira al invierno agosto
Se me figura tan claro,
Que ningun alma nacida
Me sostendrá lo contrario.
Aunque hay almas en el mundo
Con caprichos tan estraños
Que viven, medran y brillan
La lógica trastornando:
Que prueban con gran aplomo
Que dos y dos no son cuatro,
Que el miércoles sigue al jueves
Y el mes de abril al de mayo,
Sin que esto su culpa sea,
Pues la falta, bien mirado,
Es de los que tales cosas
Admitimos ó escuchamos.
Pero, aunque inútil juzguemos
Citar ejemplos ó casos
Para probar que una cara
De agosto mira al verano,
Argumentos buscaremos
Que harán, mi objeto llenando,
Esta verdad mas patente
Y este romance mas largo.

En que jadean los perros
Y se achicharran los pájaros?
¿Hablaré del triste influjo
Con que suele en ciertos casos
Favorecer de mil pestes
El desarrollo nefando?
Esto seria espantoso:
Y yo, lectores amados,
Pudiendo cantar victorias
No quiero contar estragos.
Basta y sobra con lo dicho
Para que quede sentado
Que agosto tiene una cara
Que mira siempre al verano.
Y esto supuesto, pasemos
Al otro extremo indicado,
Esto es, que el invierno mira
Contra faz al mes Jano.
No es en mi opinion difícil
Dejar mi aserto probado
Sin que usemos de sofismas
O de silogismos falsos.
«Agosto, frio en el rostro,»
Dice un refran castellano,
Y da á entender el proverbio
Mi dictámen sancionando,
Que en este mes, de los frios
Empieza el fatal amago,
Precursor del rudo golpe
Que nos deja tiritando.
Los que á las tres de la tarde
Llevan pantalones blancos,
Por la mañana y la noche
Posponen el lienzo al paño.
Algunos toman la capa
Como chisme necesario,
Y no encienden el brasero
Por evitar el sarcasmo.
Pero todos en sus camas,
Temiendo quedar helados,
De las mantas de Palencia
Solicitan el amparo.
Y así demostrado queda
Con los hechos y el adagio
Que agosto tiene de invierno,
Si no el delito, el conato.
Ahora bien: las consecuencias
De estos repetidos cambios
¿Bastan para que de agosto
La faz severa temamos?
Ya he dicho que son dos rostros
Los de este mes, encontrados,
Uno que brinda placeres
Y otro que anuncia catarros.
Y si de estos elementos
Se mira lo que han llamado
Compensacion los filósofos
Y resultante los sábios,
Obrando en toda conciencia
Deduciremos al cabo
Que de este mes los favores
Pesam mas que los agravios.
Así, la palabra agosto
Equivale á los vocablos
De goce, lucro y ganancia,
Segun nuestro diccionario.
Así, cuando la fortuna
Se presenta á un ciudadano
Bajo la forma ó pretexto
De prebenda ó de salario,
El autor de los modismos
Mas precisos y adecuados,
El pueblo, en fin, dice entonces:
«Ya hizo su agosto Fulano.»
Es decir, ya hizo el negocio;
Ya tiene lo necesario
Para vivir: ya se puso
Las botas; ya es millonario.
Ved si será el tal agosto
Caritativo y humano,
Cuando tan buenos sinónimos
En su apellido encontramos.
Pero ¿qué mas? Los que saben
Cuanto concierne á los astros,
Calculadores de esferas
Y artistas de calendarios;
Quiero decir, los astrónomos
Que el tiempo miden á palmas,
Y á cada mes por sus hechos
Un atributo han colgado,
Hacen que presida á agosto
Una virgen... Este rasgo
Vale mas en mi concepto
Que cuanto en su pro digamos.
¡Una virgen! Nuestra mente
Sucumbiera de cansancio
Si hallar objeto quisiera
De mas interés y halago.
Una virgen es la esencia
De nuestros sueños dorados,
Compendio de toda gracia,
Resumen de todo encanto.
Y puesto que al mes de agosto
Presta una virgen su amparo,
Yo me acojo á sus bondades
Y su victoria proclamo.



Alegoría del mes de Agosto.

Y cuando me abandonaron
Una á una mis creencias
Como los falsos amigos
Que en la desgracia nos dejan,
Quedó la fé de María
En mi corazón, cual queda
En abandonada tumba
Una flor cándida y bella.
Así que, cuando inclinada
Sobre la cuna en que tierna
Duerme su inocente hija
El sueño de la inocencia
Como un ángel de la guarda,
La fada del bosque vela,
En el santuario inviolable
De la familia, ante ella
En religioso respeto
El entusiasmo se trueca,
Y la presto mi homenaje
Con una rodilla en tierra.
Es mas: entonces las culpas
De mi vida me avergüenzan,
Y temo hasta que mi impura
Mirada ofenderla pueda.
Así, cuando niño cándido
Sentía que en mi conciencia
Pesaba una leve culpa,
A la puerta de la iglesia
Sollozando me sentaba,
Temiendo que mi presencia
De las aras de la Virgen
Profanase la pureza.

CARLOS RUBIO.

EL MES DE AGOSTO.

A trocarse las figuras
De los signos del zodiaco,
Pintara yo el mes de agosto
Con dos caras como Jano.
Porque, en efecto, dos caras
Tiene este mes, por lo vario,

Si la mies en junio y julio
Va el labrador hacinando,
Fruto que arroja la tierra
Para premio del trabajo,
Agosto seca la paja
Con sus ardorosos rayos,
Para que la corte el trillo
Separándola del grano.
Así este mes en las eras
Ostenta montones varios
De géneros diferentes
En calidad y tamaño,
Desde la lenteja humilde
Hasta el trigo encopetado;
Del oprimido centeno
Al esponjoso garbanzo:
Y estos son en todo el mundo
Los distintivos y rasgos
Que mas carácter imprimen
A la estacion del verano.
En la primera quincena
De agosto empiezan los carros
A trasladar al granero
La riqueza de los campos.
Es tambien la gran quincena
De esa estacion de los baños
Que empieza sobre San Pedro
Y acaba sobre Santiago.
En fin, en esta quincena
Se tiene ya demostrado
Que la tierra, bendecida
Por el padre de los astros,
Su fuerza vital repone
Haciendo un útil descanso
Para dar á los mortales
Lo que se llama un buen año.
O, al revés, en estos dias
Un importuno nublado
De la madre tierra el seno
Generador anegando,
Mata la accion creadora
Con que alegra de ordinario
A los hijos de Saturno
Y á los amantes de Baco.
¿Contaré nuevas hazañas
De este tiempo, voto al diablo,

J. M. VILLEGAS.